

*Nieves Viesca*

# **Diecinueve o Veinte Líneas**

**Microrrelatos**

- **Nieves Viesca**

Primera edición impresa: Mayo, 2009

Edición digital: Abril, 2016

Reservados todos los derechos de Propiedad.

## PRÓLOGO

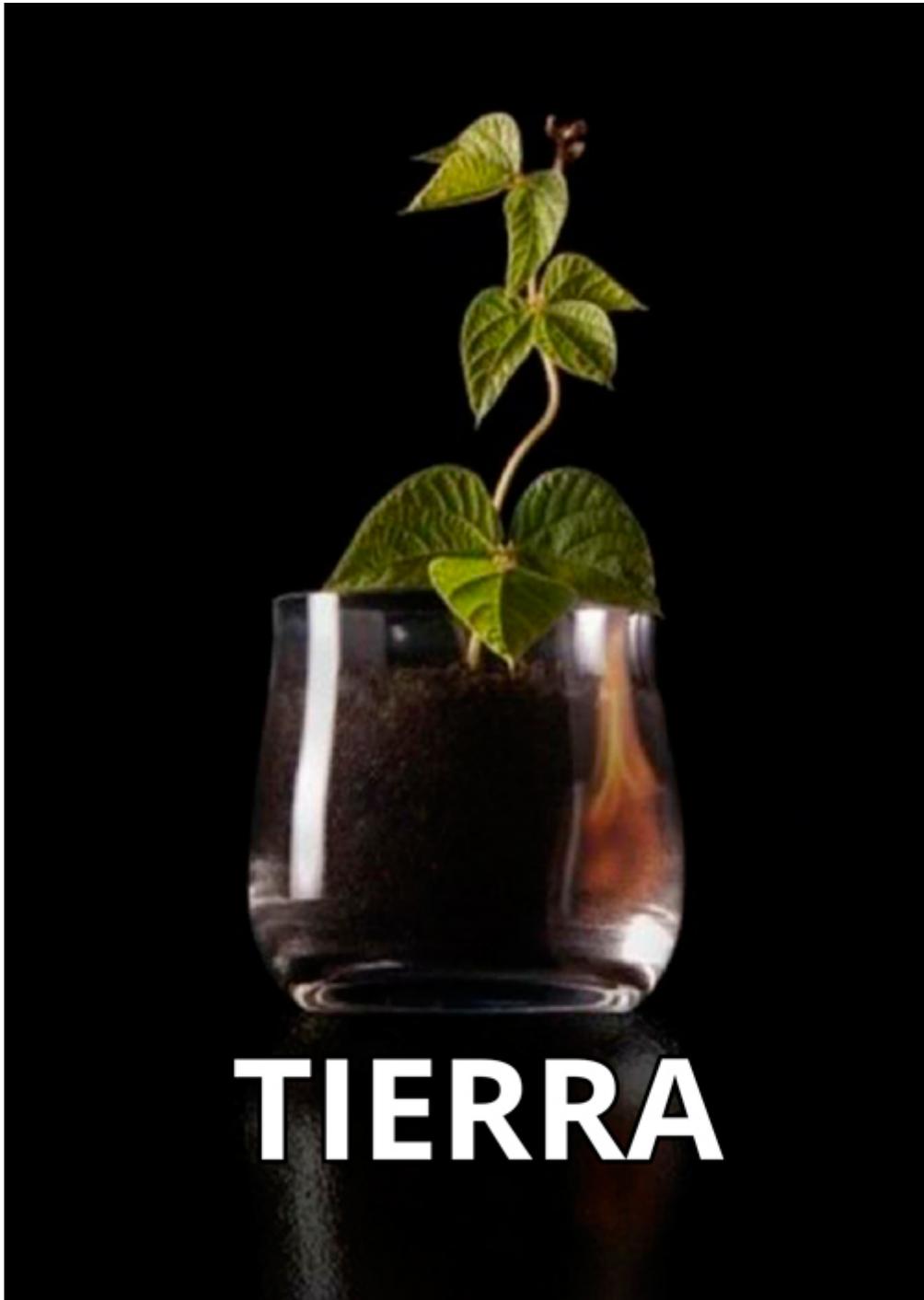
Tenemos entre nuestras manos un puñado de relatos originales producto, juntamente, de la fantasía y de la experiencia lectora; retazos de vida que se proyectan como dardos en la mente y en el corazón. Son cuentos que hunden sus raíces en la oralidad y desde su expresión originaria canónica -planteamiento, nudo, desenlace-, por inquieta búsqueda del valor de la palabra, se desprenden, aquí, hacia formas innovadoras.

Así, en estas páginas, la prosa tensa de **Nieves Viesca**, transitando por caminos oníricos, se adentra en el espacio de sus fabulaciones, vida hecha palabra en urdimbre de historias inquietantes y sorprendidas. Una serie de microrrelatos agrupados en “*Diecinueve o Veinte Líneas*” condensados con la máxima economía que despliegan en abanico múltiples sugerencias.

Tierra, mar, aire, fuego, los cuatro elementos conjugan en estas narraciones mínimas densa carga de humanidad: desasosiego y angustia, temores y esperanza, ironía y ternura. *Diecinueve o veinte líneas* de microrrelatos envueltos en la calidez de un soterrado lirismo.

*María Elvira Muñiz*  
*Catedrática de Literatura*

# TIERRA



*La felicidad nos espera en algún rincón de la TIERRA  
a condición de que no vayamos a buscarla.*

VOLTAIRE

## Cantodegrillo

Todos están en contra mía. Insisten en hacerme creer que mi nombre es Ana. Pero yo sé muy bien cual es mi...“Ana, busque la ficha de don Armando”...nombre: Cantodegrillo. RRIIINN: “Ana, hija, recuerda que tienes que pasar por el médico y pedirle a la enfermera las recetas de tu padre”. Es una conspiración. No conozco estas voces, ni los muebles, ni los objetos que me rodean. VIBRA EL MOVIL “Ana, Churri, no me esperes a comer que hoy tengo junta de accionistas”. Este no es el bolso que yo he comprado. Y esta no es mi cartera, ni mi carnet de identidad, ni esas fotografías las caras de mis hijos. “Ana, ¿tiene la ficha de don Armando? Pues busque la de don Miguel”. Ana, Ana, Ana, hasta el espejo del lavabo me llama Ana, contemplándome desde ese rostro común de pelo castaño y sin gracia. “Ana, por qué no me suples el sábado. A ti te da igual, en cambio yo, tengo cena”.

En el rincón, algo oscuro de ojos prominentes y batir de alas se mueve hacia la enredadera. Mi nombre es Cantodegrillo, natural de Verdecampo, provincia de Elcamino. En Jaulabierta vivía de los dedos que me acercaban hojas de lechuga y aros de tomate. Pero el áspero olor a tierra, unido a la mezcla de hojas de zarzas, acre cruzar de carretera y picante éxtasis a campos de habas; me encantaron de tal modo los élitros que no ceso de grillar. “AnAAA, la ficha de...” Como una exhalación grillo, grillo, grillo a la vez que olvido la jaula y el género humano. “Ana, decidido, trabajas el sábado”. Cantodegrillo coge el bolso que no ha comprado y con la sombra del color negrorrojizo de los ortópteros, exclama: “Grí-Grí-Gríí”.

## LA ENFERMERA Todavía

A la izquierda de la parte superior de una de las puertas del Laboratorio de Radiología, Todavía se percata del cuerpo de una araña de jardín colgada de su tela. Con aire entre curioso y turbado la enfermera, a quien su abultado pecho enrojece por el escote, se acerca con la intención de examinar al intruso hilador. “Este abdomen, segregador de la más suave de las hebras, está abocado -se dice-, a desaparecer con una fumigación o con una gamuza”. Aquella visión hacía que sintiera de un soplo, el subsidio del encaje, la angosta puntilla guarneciendo las espirales del perdido ser, tan alejado del trepar por las briznas de una hierba o por el tallo de una planta. A Todavía, este nudo en el techo le recuerda la voz del enfermo que tiembla de frío bajo la piel ardiente. A lo lejos, “Enfermera, enfermera...” la tos de una mujer que no se parece a ninguna de cuantas había oído, “le necesitan en la Unidad de Emergencia”, llega como un chapoteo espantosamente débil. “Rápido, el respirador. ¿Tiene a mano el laringoscopio?...Las constantes vitales, compruébelas con el marcapasos externo”.

Durante la comida, los rayos del claro sol de poniente caen sobre la mesa de las enfermeras, las flores, el césped, los árboles que rodean el hospital. “He logrado salvarla”. “¿A la paciente de urgencias?”. Todavía, feliz por la pronta recuperación de la enferma, asiente con la cabeza. Piensa, sí, en las pa-ci-en-tes *patitas* que se mantuvieron, durante los rigores de la urgencia, inmóviles y arropadas. Arropadas entre los pliegues de un bordado pañuelo, dentro de uno de los bolsillos de su bata blanca.

## Niunapalabra

Niunapalabra, vuelve a casa deprimido. Su mezcla de sentimientos impide que piense con claridad. Por una parte, cada vez que recuerda la frase que ella le ha dicho, el impulso de *agranatarle* otra vez la cara, de partirla, ponérsela de perfil, crece de nuevo. “El mundo ha sido un caos”-se dice-. Por otra, trastornado, intuye que esta vez puede que pase mucho tiempo antes de que vuelva a verla. “Estará esperándome, seguro. Después de todo ¿Qué va hacer? Si me deja se verá sola, perdida. Total, no ha ocurrido nada, absolutamente nada que no haya sucedido otras veces. No pienso pronunciar ni una palabra. ¡Eso! Ella, que sea ella la que cometa la torpeza de insultar, reprocharme o zaherir a este pobre desgraciado. Me dejaré hacer. Hasta le lloro si es preciso. Seré una víctima, ¡su víctima! Debo permitirle que se desahogue, que levante sus puños, que... que no pierda, por favor, que no pierda para siempre a la única persona que me ha querido”. Cuando el ascensor le deja en la planta del piso, Niunapalabra tiene perfectamente decidido cómo proceder: “Lo dicho, no digo nada, absolutamente nada”. Al abrirse la puerta del hogar, la araña del hall ilumina en el suelo un sobre con ausencia de nombre, dirección y remite. “¡Una carta!” exclama Niunapalabra, rasgando el papel con impaciencia. Dentro, la desnudez de una cuartilla en blanco afina la puntería sin una frase, una letra o una voz. Niunapalabra, bate con desconcierto la muda hoja. Temblando, fija la mirada en el vacío: “Es absurdo –se dice-. La esperaré, no tengo por qué preocuparme. Ella piensa, piensa igual que yo. Acaba de decírmelo”.

# **TRILOGÍA EN TIERRA**

**-0-0-0-**

## Madrecocina

El día que destinaron a su hijo a realizar tareas de vigilancia y seguridad en pleno conflicto de los Balcanes, nació en Madrecocina la afición por las jaleas y mermeladas. Nada parecía detenerse con la muerte: tan solo tres meses antes había fallecido su marido y “del cielo –se dijo-, sólo me envían espinas”. Con amargura de cítrico en la boca y rostro pentagonal, huyó sin más hacia las estanterías de los supermercados en busca de los productos que le permitieran, en lo sucesivo, elaborar sabrosas recetas. Sí, anhelaba la caricia. La gomosa caricia de las mermeladas. Había que hender la vida. Pelarla, guardar su piel en una bolsa de muselina junto con el resto de pepitas, semillas y demás corazones. Luego, atar el tejido con un trozo de cuerda o modo de atillo y, cocer el contenido. O la existencia. La suya, hirviéndola cual si fuera la pulpa de una fruta con hueso y sin azúcar.

Madrecocina (BOOMM) se encuentra inmóvil, tensa, pensativa. Su hijo, vuelve a casa. Regresa con una prótesis en la pierna izquierda, pérdida de visión en ambos ojos y el rostro salpicado de metralla. Su hijo, desenterrador de explosivos en la zona sur ex yugoslava (BOOMM), despedazado. Por reconstruir, por crear seguridad en una población tan castigada. Madrecocina, fundida con el calor de la fruta al fuego, descorteza una naranja. “¡Madre!”. Sobre la mesa, dos tarros de confitura esperan ser envasados sin demora. Se pregunta, por qué la transparencia de las gelatinas aparece, únicamente, cuando el zumo turbio hierve con azúcar. En ese momento “¡Abrazame, madre!”, en ese preciso momento se vuelve terso y cristalino, como por arte de magia.

## Carametralla

Vengo de Mostar. Mis compañeros continúan en el destacamento de Duzi, a doce kilómetros de Trebinje la ciudad de donde procede Acuarelasustada. Ella opina que yo, he muerto durante media hora. Después... Al escuchar su silencio me dije que Dios vive en la piel del torturado, del hambriento, del canceroso, del desfallecido, del beatificado. Pero nunca, nunca, en la piel del incauto. No tuve prudencia con Acuarelasustada. Olvidé que no es luz todo lo que alumbra. Es posible que su rostro pecoso me disparara. ¿O fueron sus ojos al mirarme como un par de rendijas tristes? No sé; influiría el hecho de que uno nunca logra acostumbrarse a vivir con cadáveres. Lo cierto es que el día que me despedacé por los aires a causa del accidente, la mañana cobró altura. Mi cuerpo perdido, roto, sin forma... mientras ella, Acuarelasustada huía. Huía esa misma noche a Mostar. Durante las ocho semanas siguientes sólo hubo espacio en mi mente para Acuarelasustada. Me moría, mas yo mismo cursé la solicitud para ingresar en uno de los hospitales de la base de Mostar. Me designaron un quirófano francés. Pendiente de la salud que gotea en clave de suero, la vida la recuerdo en las palabras de un soldado bávaro: “El río Neretva –me dijo-, significa *esmeralda*”. Tuve que esperar un año para volver a verla. (Qué obstinadamente somos nosotros mismos.) Ahora que vivo el regreso y el pasado se enreda, puedo discernir con claridad. La mañana que mi cuerpo voló por los aires, la noche de Acuarelasustada no logró altura, como si el alma, involuntariamente atrapada, se le hubiera enterrado en la realidad. Y el espíritu que ha probado la muerte, no consiente que el cuerpo anhele la glotonería de volver a empezar.

## Bávaro

Me esperan en Munich, único hogar que conozco. Mi nombre es Bávaro. Soy el soldado que se recupera en uno de los hospitales de la base de Mostar. Al igual que Carametralla, converso con mi vida. Voy y vengo diciéndome cosas. El que habla desde mí, el que contesta ese diálogo de loco, le cruje del miedo la voz. Por suerte, los miembros de su cuerpo no se dispersaron. No huyeron, como los de Carametralla, de la piel que los tenía presos. No. Sin embargo, en cuanto me veo despierto, hablo solo. Produce serenidad ir por la vida en silencio. Excepcionalmente, silbo. Silbo por las calles de Dubrovnik, cada vez que recuerdo a los comerciantes muniqueses con sus puestos ambulantes. Luzco, inocente, carne de salud. En momentos así creo que la vida es gratuita. Gra-tu-i-ta. Eso es todo. Me siento entonces al fresco de una terraza de la calle Prijeko, con la intención de beberme un vaso de malvasía. Enfrente unas piernas luminosas, al cruzarse en la silla, me nombran: “Bávaro, eh, Bávaro, ven” y Munich amanece rubia, libre, nutrida con cerveza, ópera y rock. Verla, “Ven, Bávaro” es pasear por mi ciudad amando las estatuas. Con sucias alas blancas, vuelo a los pies de Mágica. “Dinero, Bávaro. Marcos, ¿no? Y dinares?” Veo dolores de guerra y mañanas con tupidas invasiones. Enseño mis bolsillos. “¿Vacíos?”-pregunta Mágica perdiendo el rubio encanto del pelo como quien pierde el rubio encanto del alma. Se va, mascullando el idioma con vigorosa rudeza. Yo en cambio silbo. Silbo, regreso por las calles de Dubrovnik perdidamente enamorado de Munich, la ciudad que nunca, nunca, he pisado.

**-0-0-0-**

**PAUSA**

*Mundo asombroso,  
surge bruscamente.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

## Cuasi

“¡Pero mamá, si a ti te hubiera mirado a los ojos con tal expresión de súplica en los suyos, tú también le hubieras adoptado!”. Hacía tres días que Llegadelcielo, observaba al chucho que hora tras hora permanecía atado al contenedor. Se fijaba en las expresiones de la gente que pasaba por su lado “¡Mirad que perro tan mono!”, pero al momento “Nada tengo que ver contigo”. Ensimismada en sus preocupaciones, a Peromamá le nace en el rostro una expresión entre indiferente y burlona: “Un perro no es un juguete. Son gastos, problemas y responsabilidad”. En el aire, se rompe un hechizo: la vida aligera trámites si uno decide cruzarse de brazos. Llegadelcielo, no siente el cuerpo: ve al perro vencido, deshecho, tendido en el suelo sin atreverse ni siquiera a gimotear. “Pero mamá –insiste-, Cuasi también es un amigo que busca consuelo”. Peromamá se esfuerza en comprender, en iniciar del revés las semanas. Es evidente que el hijo se juega, con este empeño, su propio rescate. El hijo, infancia de geometría, de interminables escaleras porque el piso no tiene ascensor; de parientes que enferman y padres que se divorcian...Se pregunta, cuánto puede llegar a envejecer un niño si se le rompe un sueño en una hora. “Ejem... cómo dices que se llama tu perro...Cuasi? Pues bien, jovencito, te encargarás de la limpieza de Cuasi, de sacarlo a pasear tres veces al día, darle de comer y...me pensaré si negociamos de tu paga el dinero de las vacunas”. Esa misma noche, Cuasi ¡ay! se queda dormido. Dormido para siempre, a los pies de la cama del nuevo amigo. “Qué negra despedida–llora el perro a su frío hocico-. La alegría del pequeño amo, ¡ay! volará conmigo hacia ninguna parte”.

## LA TRENZA

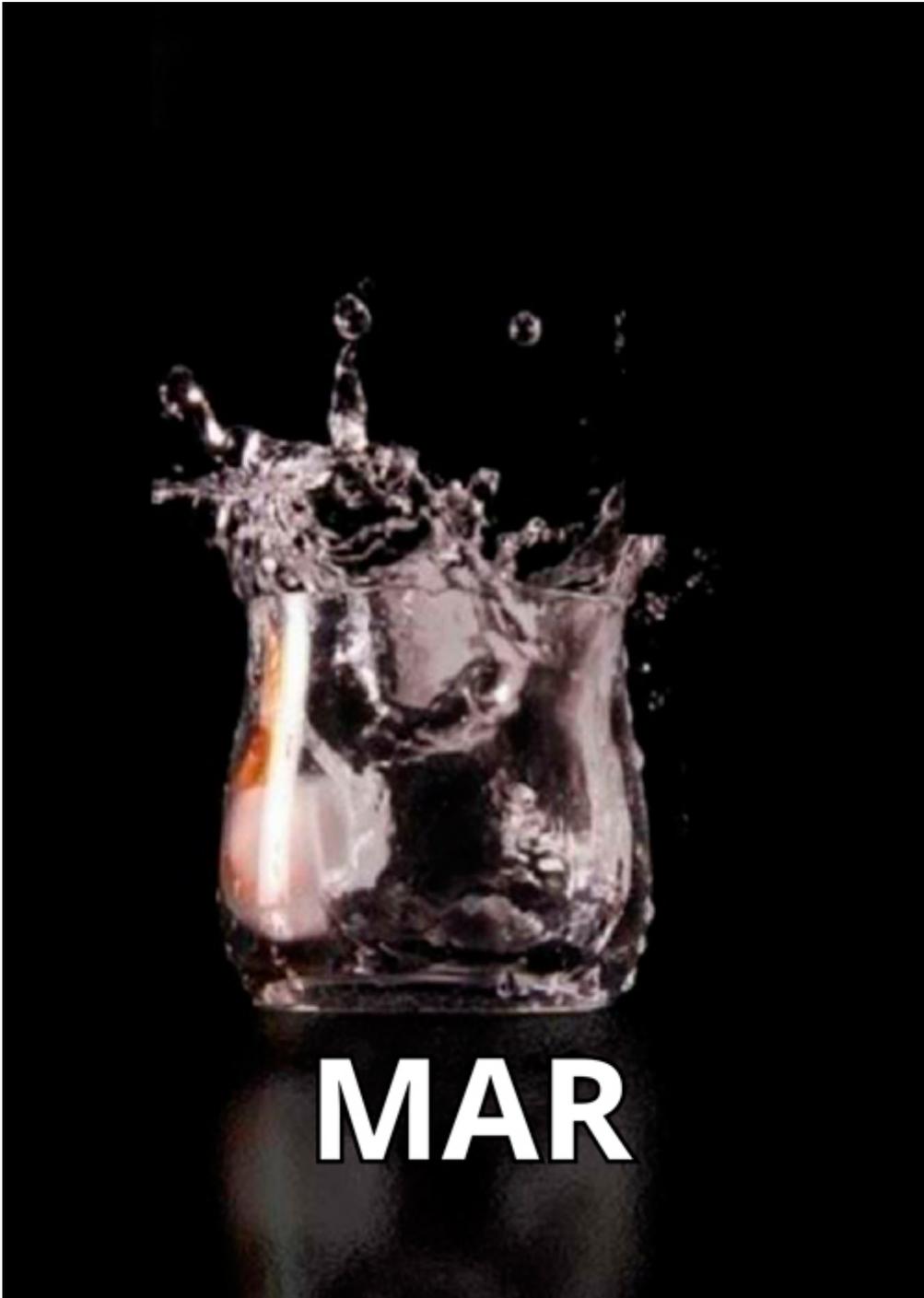
Es más de media noche. El dolor de la pierna es tan intenso que no puedo dormir. Tengo mala suerte. Todavía no me había recuperado del robo de los muebles y a los pocos días me atropellan. Me pregunto qué iría pensando el dueño del vehículo. Encenderé el televisor: no soporto los anuncios...Ah, mira, ya vuelve la emisión: LA TRENZA. Parece interesante... *Y debajo de la tumba aquel pelo tan amado crecía como buscándolo. Él, fiel conocedor de aquel deseo, acudía todas las noches a su muda llamada. Se tumbaba al pie de la lápida y recordaba la hermosa trenza de Catherine, cuando en sus noches de amor ella le envolvía muy suavemente hacia dulces ataduras. Una noche de lluvia y tormenta, cuando los ojos de él permanecían cerrados y sus huesos dormidos al pie de la tumba, el largo pelo se le acerca. Se le acerca enroscando, enroscando, enroscando su garganta. Cuanto más se le acercaba el cabello, más y más apretaba su garganta como una cuerda asesina. En el instante en que los ojos asfixiados se abrieron, y el cerebro fallecía por falta de oxígeno, la garganta del enamorado quedó tatuada con una espantosa TRENZA. – FIN -*

Se ha levantado una tormenta. No soporto...AAAhhh, me duele, el cuello. Me aprieta. Mi cadena, aprie...ta, no res...piro. La cadena...aprie...ta. La verdad es que me considero una mujer sensata y equilibrada. Pero les aseguro que todo cuanto proyecta este aparato, sucede. El otro día fui agredida. Igual que en la pantalla, desvalijaron mi casa. Por el coche de la tele estoy escayolada y esta noche, esta noche la cadena apri...eta. Se enrosca, se irá enroscando hasta dejarme tatuada la garganta con una espantosa trenza.

## Cojitoverde

Cautiva observar a Cojitoverde, entrenando cada día a pequeños saltamontes como si fueran a participar en un campeonato de saltos. Su intención es que los atléticos insectos se clasifiquen en la categoría Lejos-del-Hombre. “Recordad –advierte con verde entusiasmo-, si dais pasitos antes de efectuar el salto, perderéis amplitud”. Los naturalistas aseguran que el último verano no se diferenció gran cosa de los demás veranos. Sin embargo, para la comunidad de saltamontes Cresta del Fémur, el nuevo estío ha sido tan dispar que si le preguntaran, probablemente contestaría que “*hasta el mundo* ha cambiado”. La transformación se inicia la tarde que Cojitoverde, es víctima de un intento de captura. El insecto salva la vida pero, camuflado entre el verdor de una hoja, llora durante semanas la pérdida de su patita. Adiós al brincar, al caerse sentado. Imposible para él las hectáreas de hierba o los kilómetros de prados. Cierta mañana, un viento del nordeste levanta un tufillo a carne, a vino, a cigarro a... “¡Peligro–exclama Cojitoverde a los saltamontes de Cresta del Fémur-, ¡¡humanos!!”. Viéndose cada uno de los insectos semejante al saltamontes inválido, la comunidad en pleno da un brinco, sigue un vuelo corto y a pocos centímetros reposa, creyéndose a salvo. Momento que mis amigos y yo, con furtiva red los atrapamos conscientes, eso sí, que de no ser por el sobresalto del cojo, ni el más hábil de los tramperos lo hubiera logrado. Este verano, en el huerto de mi abuela se practica con deportividad la cinegética: el osado insecto que logra un salto por encima de la urna de cristal, je-je, olímpicamente volvemos a cazarlo.

**MAR**



*Loa el MAR  
pero quédate en la orilla.*

JOHN FLORIO

## Pececita

Pececita, es una reina de mar coronada por variopintos ojivales y rosetas. Ha nacido entre praderas de arrecifes de corales bañados por unas aguas cuya tibieza, apenas si deja sentir el paso de las estaciones. La inquietud que siente por la vida, impide a Pececita el disfrute de los placeres inmediatos. Igual que un remo, ha viajado. Conoce el flujo de la corriente. La bajada del nivel de las aguas durante la marea. Las sacudidas de la resaca. Pececita ha aprendido que el mar es un telón cambiante y movedizo. Un escenario de fondos marinos donde peces con ocho o diez brazos, avanzan entre los escollos de las rocas con movimientos de danza. “¿Has cazado una buena pieza?”. Y peces (¡ay!) cuya mandíbula superior es silenciosa, rápida y depredadora. “Sí -responde Pececita mostrando a las abiertas fauces del gris tiburón, el laberinto de un cofre-. Esta caja de hermética cerradura, abre tal trueque de entradas y salidas, que se puede comprobar sin temor, la paciencia de los enemigos”. El insólito tamaño del baúl produjo un júbilo siniestro en los ojos del pez. ¿O influiría el hecho de que atisbara en el arca abundante rojez de sangre humana? Pececita, consciente del disfrute de la bestia, se aventura añadir: “Este dédalo, tiburón amigo, es tuyo”. “¿Y tú, qué deseas a cambio?”- pregunta el espectro con la garganta hambrienta-. “Sólo un pulpo y un calamar que amurallen con su tinta mis arrecifes. Están aquejados del más mortal de todos los males; Pezescafandra y su ambición han venido en barco”. Un frío lácteo (¡brrr!) atraviesa por entero al tiburón a la par que, un intervalo de alianza se desliza entre ellos sin roce. “Pez de colores, admiro tu gran cerebro”. “Rey de los mares, me maravilla tu buen corazón”.

## HipopótamoDO

“Miiie, Eñooooita, es Do, HipopótamoDo”. A Seisaños, le encanta dibujar hipopótamos en la escuela. Con paquiderma lentitud, Seisaños pinta de azul una cabezota con orejas pequeñas y ojos cerrados. El aspecto plano del niño sonríe cada vez que HipopótamoDo, “AAAAH” la bocota se le abre y le pega un susto masticable. “Oomiinoolass, Hipo quiere meenndaar gooomiinoola”. Baja los ojos para examinarse las manos. Con torpeza, sus cortos dedos trazan con la punta roma del lapicero unos remolinos con sabor a helado de fresa, de chocolate, vainilla, melocotón. “Oomee, Hipo, coomee”, exclama Seisaños mostrando la temeridad de sus propias fauces “AAAMMMM”, abiertas tan de par en par como las de su mamífero-camarada. “Eeño, Eeñoita, miiire, la casa de Do”. Alrededor del animal, Seisaños ha creado un mar con nubes de caracolas y estrellas marinas, donde la longitud patiocorta del HipopótamoDo, aletea cual pez de colores. “Seisaños, esto me gusta. Pero por segunda vez no has ordenado bien los colores. Recuerda: la cabeza de Do hay que pintarla de gris y el mar en tono azul. Y estos ojos, mira, así, a-bi-er-tos”. “Eeeerrraos”. “Cerrados no, abiertos”. Seisaños se obstina. Nervioso patalea, gesticula: “Eeeerrraooooos”. La Señorita da una nueva cartulina a Seisaños. Su tono de voz “bien, como quieras” lleva la desnuda caricia de la mansedumbre. “A Hipo lo pintas con la cabeza gris y los ojos bien, bien ce-rra-dos”. A la señorita, algo le dice que Seisaños, por nada del mundo desearía que su nuevo amigo lo viera con el Síndrome de Down.

## Unodetantos

¡Hola!. Mi nombre es Mújol. Uno de tantos peces trashumantes que siente la arena con piedrecillas debajo de sus aletas. Si la experiencia no me engaña, el agua salobre está a punto de visitarme con un nutrido banco de Doradas. Las Doradas son para mí burbujas iridiscentes deslizándose por rocas y albuferas en busca de alimento. Me gustan sus dorsos grisáceos entre el velo del fango y el perfil de las algas: “Bella Dorada, que la mitad del mar te obsequie con una sabrosa caracola”. “Mújol amigo, que la marea te premie con el bocado que anhela todo pez”. (En la tierra, la brisa se adormece. Unodetantos, pega un brinco en el aire y su alegría se estrella con el aciago poder de una criatura que lo disminuye). ¡¡Horror, Deportivo!! (Unodetantos, gira en la superficie con cautela). Estamos en peligro: le delata el sudor que corre por su frente. Sobrecoge este enemigo. No posee cola ni aletas, respira fuera del agua y tiene gusto por las Doradas. Poseidón, te lo suplico, protege a mis acuáticas doncellas. Con el poder de tu tridente, envíalas a otra costa. ¡Oh, no, el brazo de mar se llena de brillantes reflejos multicolores! Atrás, amigas, atrás. No comáis moluscos ni crustáceos. Hacedme caso, están envenenados con anzuelo. (Una hembra Dorada tritura con deleite un mejillón. De súbito, es presa del pánico. La mancha dorada de su frente, ha quedado sujeta a la mortandad del sedal. Con titánicos golpes de cola, Unodetantos la ve desaparecer agotada por la pelea). Todo pez debería descender para morir en las profundidades. Poseidón, corta el sedal, córtaselo. (El cuerpo izado de la Dorada aún temblaba cuando Unodetantos, batía el fondo del océano con un “¡adiós, bella Dorada, aDios!”.)

# **TRILOGÍA EN MAR**

**-0-0-0-**

## El Padre

Estoy de vacaciones en Gijón. En la playa San Lorenzo, la bandera verde anuncia baño vigilado y ausencia de peligro. Con mi pequeño en el agua, intento transformar el batido de sus pies motor “papá, mira, parezco una lancha”, en propulsivos movimientos de piernas. “Venga, Nadador, salta al agua y ven hacia mí”. No pretendo convertirme en un padre especialista en natación. Sólo intento ayudar a mi hijo. Aportarle seguridad y control en el medio acuático. No debo dejarle solo. Necesita que me embarque en su dominio del agua para que nunca pierda en el mar, el equilibrio vertical que posee en la tierra. “Ahora, déjate hundir hasta el fondo y abre los ojos para que puedas verme”. Sientes algo de frío. Y una pizca de miedo, hijo. Tienes dudas, profundas, como el mar. ¿Y si abres los ojos y te encuentras que tu padre no está contigo? Vencer esa aprensión de... (Sopla el viento, se pica el mar, pero yo me hallo en una zona donde al erguirme haré pie en el fondo...AAAHH, ¿O no hago pie porque el agua me cubre por encima de mi cabeza? ¡Papá, papá! Llamo, grito. Se hunden mis brazos. Y mis hombros. Trago agua y me agoto, por falta de aliento. Los ojos inmersos. Y en el mundo nada acude porque en el verano del *setenta y dos* hierven por todas partes las olas, hijo, y mi padre, principiante en el agua, piensa -el chico reaccionará por sí solo. Estoy seguro, con este susto aprenderá a flotar-.Y yo flotaba, sí, con terror flotaba en el hoyo del mAAAr). “Papá -mi hijo desde la realidad del presente-, mamá insiste que me ponga el flotador”. De la mano, juntos por el mar, corremos hacia la orilla. Mi pequeño se adelanta. Flota, mueve los brazos, nada feliz. Feliz como el que trota, verticalmente, por la llanura.

## La Madre

Odio el obsesionante “enseño a nadar” de mi marido. Desde la orilla “¡Hijo, ponte el flotador!”, me pregunto cómo aceptaría el mar al primer ser humano que lo surcó en los albores. Y a tal intrusismo, qué nacer de bocas fue el adentrarse, con su alzada espuma, por el cavernoso cuerpo del primer ahogado. En el verano del *setenta y seis* el mar era para mí sol, arena dorada y fieras de chicos “Mira, Tigre, está buenísima” ansiosos por devorarme en bañador. Y también era mi hermana (Buuuaaa), el perpetuo llanto de mi hermana. “Venga, BUÁ, te digo que juegues en la arena con el caldero y la paleta”. “Tigre, ¿me mira?”. “Buuuaaaa, yo quiero bañarme, bañarme, Buuuaaaa”. “No te quita ojo. León, creo que le gustas”. “BUA, no puedes bañarte, aún no has hecho la digestión”. “No lo pienso más. Tigre, voy, voy...de cabeza al agua con ella”. Y nos lanzamos, como balas, al encuentro del mar. Y Chicoleón salía y entraba dando saltos mortales para impresionarme. Y en la orilla BUÁ, “quiero el flotador, el flotador” con llanto. Y yo, sin prestarle atención, salía del agua hasta el fondo de alegría. Y Chicoleón se maravillaba de mi cuerpo brillante y mi pelo lacio. Y saltaba como una pantera sobre mí. Y yo, embadurnada de arena y de algas, (¿Buuuaaa?) en algún momento, como si hubiera tragado un buche de agua negra de tubería “¿BUÁ? ¿Dónde, dónde está BUÁ?, no escucho su llanto”. BUÁ, sin flotador se adentra. A lo lejos, el galope de las olas, el rizo múltiple de la espuma del mar, el cuerpo a la deriva que se borra, que parece, parece sin, sin el... “Papá, en la orilla, mamá nos espera con el flotador”.

## Nadador

Me aburro. La playa de Gijón está bien, pero con mis padres vigilando todo el rato no encuentro libertad para nadar. Yo, de mayor, quiero ser Olímpico. El profesor de gimnasia me dijo el año pasado que en el antiguo Egipto, ya se celebraban carreras de natación y que en la Grecia Clásica, este deporte estaba muy extendido. Mis padres no lo saben, pero voy a retomar las clases de Crol en cuanto regresemos de las vacaciones. Es el estilo que permite una mayor rapidez. Con el bañador de “piel de tiburón” comprado con la paga de mi abuela, pienso competir estas Navidades en las pruebas que organiza la Piscina Municipal que está cerca de mi casa. Sueño con ganarme una medalla: me lanzo a la piscina; la mano, frente al hombro, penetra en el agua. Entran los dedos seguidos de la muñeca, el codo y el brazo. Sigo con *el agarre*: en un primer momento la mano la dirijo hacia abajo como si atrapara un barril de aire y, en *el tirón* me implico en diferentes movimientos flexionando el brazo, el antebrazo y la mano. Y luego continúo con *el empuje* ¡Venga!, y una vez finalizada esta fase de *tracción* inicio la de *recobro*. Y paralelamente, el movimiento de las piernas ¡Viva!, contribuyendo muy poco a la propulsión, pero ayudándome a que mantenga un buen alineamiento. Y mis padres, entre el público, con la boca abierta, se levantan de sus asientos no dando crédito a lo que ven. Me nombran, me vitorean, ¡¡Campeón!! “Nadador, ¿se puede saber a qué juegas en la arena?”. “A nada, papi, sólo a ser un atleta”. Y mientras rompo la superficie del agua de la piscina, tal vez consiga que desaparezca de los ojos de mi padre su pánico al mar. Y que a mi madre, no le ahogue el flotador... en la orilla.

-0-0-0-

**PAUSA**

*Si vas deprisa, el río apura.*  
*Si vas despacio, el agua se remansa.*  
ÁNGEL GONZÁLEZ

## Cuatromástiles

He sido un buque agradecido. Amé a los hombres, a la carga que transportaba y al mar. Nunca sentí enfado o molestia hacia el oleaje, por incómodo que resultara el balanceo. Ahora, con vejez y cansancio, me pregunto cómo recalé en este país llamado Desguace, donde la luz te deja anclado. Anclado cual recortes de aluminio reflejando el sol. Qué largo camino desde aquella primavera de 1958, cuando la hija del propietario me estrellara en la proa la exquisitez de una botella de Dom Pérignon. Ese día, el futuro de los inversores brillaba igual que mi acero en la historia del comercio marítimo. El transporte de yute y carga en general desde Dundee a la India, fue mi mayor empresa. Años más tarde el gobierno chileno me rebautizaría, usándome durante décadas como depósito flotante de carbón. He circunvalado el globo. He atravesado los océanos sin sospechar, que después de la activa flotación me llegaría el *invernaje*. Cuatromástiles, el irrepitible Cuatromástiles “*vendido a la baja porque no sabe cuidarse*”. Los mercados cambian, el hierro enmohece y no puedo cubrir ni tan siquiera el coste del combustible que necesito para moverme. Han arrancado de mis entrañas piezas tan valiosas como un brazo, un riñón o una arteria. Y con brochas de cinco pulgadas, transformaron la herrumbre de la popa en un acuático camaleón. Esta mañana (no sé cómo decirlo) me están cortando en pequeños trozos. Soy planchas, vigas y barras angulares flotando sobre una carretilla enferma de oxidación. No sé si quiero o no quiero regresar al mar. Por un momento tengo conmigo la inmortalidad que experimentan las olas y los bancos de peces al renovarse, de forma continua, a sí mismos.

## Fauna Abisal

Hacia la caída de la tarde, más allá del talud continental, los alevines meriendan. Igual que colegiales en tierra entrechocan, se agitan y desordenan. La voracidad del apetito les induce a abrir la boca, describir círculos o golpear el agua con las aletas. La Anguila-Tragadora: “*¡Se relame quien sabe*

*probar un buen manjar.*

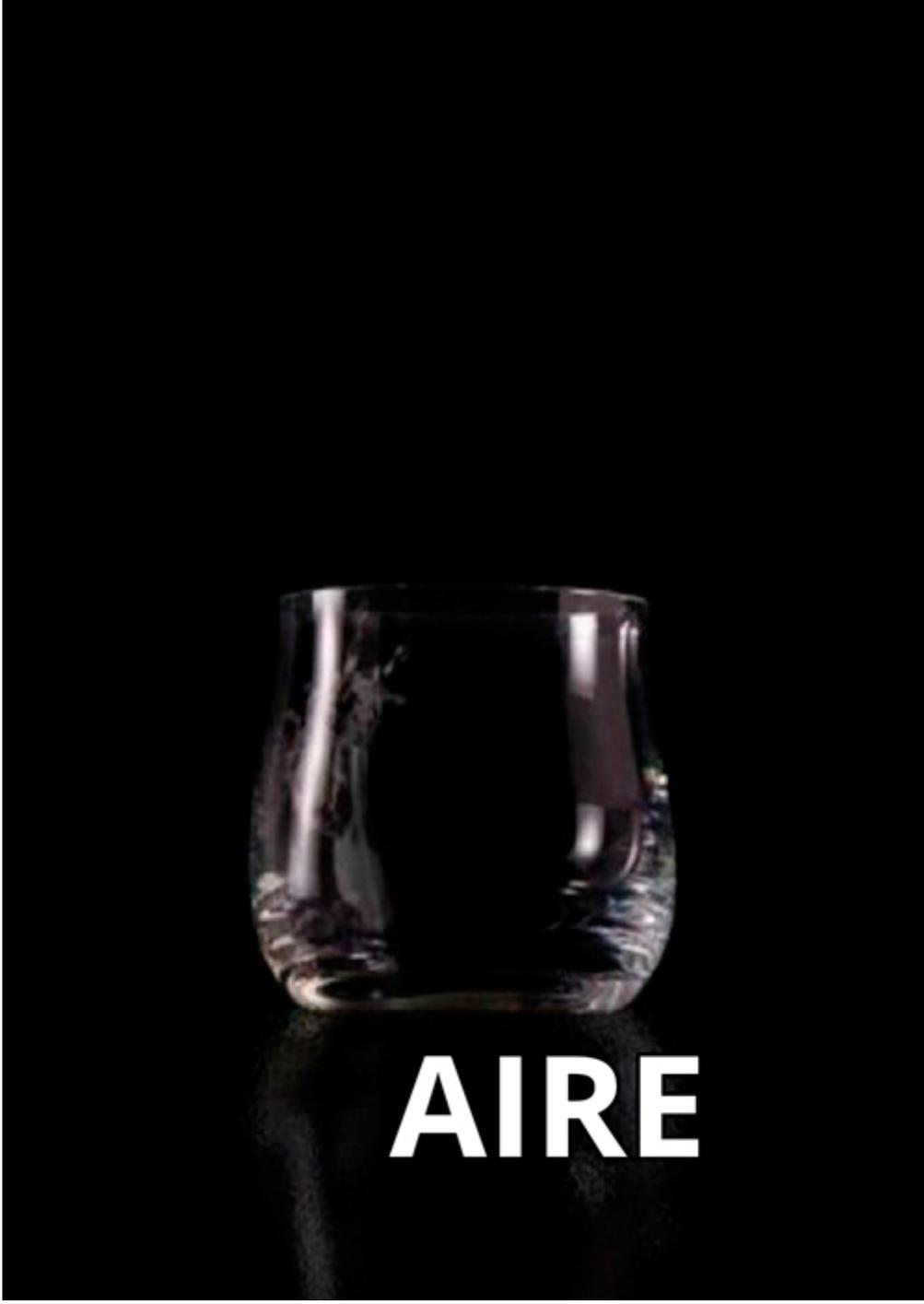
*Qué oloroso y sabroso*

*es el fondo del mar, del maarr, del maaarr...!*”, es perseguida por los Peces-Hacha a causa del horrisono canturreo. Pez-Linterna los llama al orden alojando entre sus escamas un poco de luz. En medio de este recreo se inserta verticalmente equusDemar. Flota, pulula sobre los herbarios succionando con su pipeta la nutrida ración de animáculos. Desde que entrena para participar en el IIº Concurso de Equitación Marina, equusDemar elige con esmero su alimento. Con la cola prensil igual que la de un mono y el cuerpo encerrado en una coraza de placas córneas, es un auténtico *pura sangre*. Mantiene con gracia el porte de sus hábiles quince gramos. Los ejercicios para Las Pruebas requieren duras sesiones. El medio más eficaz para adquirir tal formación, estriba en exhibirse ante el burbujeante Traje-Isotérmico. Este pez terrenal es diestro en la técnica Huída, al instruir con ejercicios de volteo, de trote y de galope. No obstante, equusDemar ha aprendido que este entrenador, que avanza agitando dos negras aletas, conviene evitarlo. Evitarlo aun cuando su mirada de ‘acuariofilia’ refleje el amor sin límites de una nereida que cabalga sobre un caballito de mar, de maarr, de maaarr.

## La red sin pescador

Mis hilos son la muestra del cansancio que destila la pesca del atún. Yo era una más, dentro del maremagno de redes empleadas en la almadraba. Al amanecer, si habían entrado los atunes, la flota se ponía en marcha desde el puerto. El capitán dirigía el laberinto de las faenas, destinadas a acumular a los comestibles peces en el *copo*. Tras esta ardua labor, todos los brazos eran requeridos para jalar las redes desde los barcos que cercaban a los *copos*. En cuestión de segundos, ochenta, cien, doscientos atunes, enloquecidos por la *levantada*, se revolvían sobre sí mismos. Dando aletazos, las víctimas hambrientas de vida luchaban creando un universo de espuma mezclada con el patetismo de un estruendo ensordecedor. Algunos marineros bajaban entonces de los barcos y caminando sobre tirantes redes, enganchaban los atunes con un bichero. Era el momento en que las hebras de mi malla y el agua se teñían de sangre. Atuneros como Boliche o Camarote permanecían pensativos. Semejando la conjunción del mar y las rocas, el horizonte de sus caras se tornaba en pendientes calles con pasadizos en zig-zag. Una quisiera, que las capturas y los pescadores relacionados con nuestros recuerdos fueran igual que yo; una trama hecha de anudados hilos formando un tejido fino y a la vez resistente. Pero desgarrar el peso del vacío. Mi existencia, encallada en la arena de Candás, no representa nada sin el vendaje de unas manos como las de Boliche o Camarote. Sin el sustento de esta banda de gasa soy herida por cubrir, miembro, hueso roto. Tejido de sueltas filas transversales escurriéndose en un momento de desmayo.

**AIRE**



*El AIRE hace al águila.*  
GOETHE

## Peatón del aire

Mi padre, que se cree ateo, asegura que el miedo proviene del cielo. La aprensión, el cuidado, el recelo, el terror; contra estos microbios se han inventado pocas cosas. Tal vez por este motivo me hice parapentista. Si alguien es capaz de caminar por la arcilla de la vida –me dije-, también lo es de ascender por los aires. El placer termina ocupando el lugar del temor si uno tiene el convencimiento de que vuela con conocimiento de causa. No se es peatón del cielo por azar; ni por haberse herido la piel con el roce de las piedras. Para este deporte, no hay necesidad de huir como si se estuviera asustado. Despegar es sólo correr. Correr, salir al aire sin caerse en el aire. Es el abrazo con el vacío y toda su grandeza natural. Cuando el parapente ha tomado su equilibrio aéreo, vuelo. Macerado de profundidad, me mantengo inmóvil como las rapaces. Al compás del viento, la vela que me guía desea escalar un montículo de aire. La dejo libre. Elevo ligeramente los brazos y me abandono allá arriba, en el valle La Peral, en La Sierra del Aramo. Con el viento del este a mi favor la imaginación no mira, sino que ve. Luces, montañas y nubes confluyen en la creación de un universo que alcanzo sin esfuerzo. “¡Hola, Peatón, ¿cómo van tus ejercicios en la cama?” Cayendo sobre su propio pecho, Peatón saluda con una sonrisa a la fisioterapeuta. “Pareces contento. ¡Así me gusta, Peatón, con ánimo! Hoy vas a aprender cómo trasladarte tú solo, del lecho a la silla de ruedas. Es muy fácil. Observa: la silla debe estar así, junto a la cama y a la misma altura que...” Mientras Peatón se afana por escalar la silla de ruedas, una cumbre, surcada por el viento primaveral del futuro, planea sobre el paraplégico.

## Abelo...muá

A lo lejos, un grupo de niños. Otro hacia los columpios. Más allá las palomas. “Cómo no vienes, hombre. Te sientas con nosotros en un banco, charlas un poco, te distraes”. El Abuelo, deniega con la cabeza. No ha vuelto a poner los pies en el parque desde...“Abelo... muá”. Todo el mundo la acariciaba con la mirada. “Sin pasión de abuelo, eh, pero no me negaréis que mi nena es con mucho la más guapa del parque. Está para comérsela. ¡Qué mofletes, qué pestañas!” La niña, tras los colores de la pelota, se lleva la manita a los labios y por el aire...”Abelo...muá,muá”. Y el Abuelo “Je-Je”, embelesado al ver a la nena meneando el culote inflado de pañales. “¡Anda, rico, desde que *la nena* te ha hecho abuelo más pareces ancho que alto!”. La nena al quiosco con el Abuelo, a ratos sobre los hombros del Abuelo, correteando “cucú” hasta pillar al Abuelo. Y por el aire...”muá...abelo, muá”. Aquel día comían las palomas. En los columpios, un grupo de niños. La pequeña, inesperadamente se suelta de la mano de su madre. Ésta contempla cómo la criatura corre hacia el Abuelo y piensa, con inquietud, que no puede ser malo el sentir tanta adoración hacia alguien. Obligada por el temor, intenta dar alcance a su niña quien cruza, sin más, la carretera. Una motocicleta vira sobre la acera a la par que el frenazo de un automóvil no evita el... “elo...AAAAAAHHHHH”.

“Cómo no vienes, hombre. Te sientas con nosotros en un banco, charlas un poco...” El Abuelo deniega con la cabeza. “Los bancos del parque son muy fríos” exclama. Cierra los ojos. Por el aire, “abelo...” la carita, “...muá... muá” siempre la inolvidable carita.

## Águilachica

La estancia en el nido dura ya ochenta días. Recia, apegada al espíritu de la tierra que la ha visto nacer, Águilachica comprende que ha llegado la hora de afrontar la lucha por su existencia. Alejarse, tras el primer combate de brisa, del hermano mayor; el robusto aguilucho que la ha hostigado a picotazos desde el instante en que laavecilla, perforó su cáscara de huevo para descubrir la luz. Las semanas de cobijo han logrado que la capa de fino plumón blanquecino se sustituyera por un plumaje, capaz de sobrevolar el vacío de un cortado. Con debilidad a causa del ayuno, Águilachica prueba a darle fuerzas a sus alas ejercitándolas con vigorosos aleteos. Su agudeza visual percibe en el futuro la cosquilla del hambre: no volverán los alados padres a preocuparse por su pitanza. Después de enseñarle las técnicas de caza y vuelo, volaron. Volaron a grandes alturas llevando en las patas emplumadas, garras de acero aferradas a una presa. ¡Padres, Reales padres! Cómo olvidar los desgarros, los despieces, los jirones de carne tan estrechamente distribuidos de pico a pico. Con madurez adolescente, los recuerdos desembocan en un augusto batir de alas que se posa en una miel de cielo. Se acuclillan el horizonte, la atalaya, las encinas y los brezos. Águilachica barre, aserrucha el viento, prolonga la varilla de sus fronteras cual sombra que envolviera la llanura. En esto, un movimiento imperceptible traiciona la presencia de una marmota quien, enloquecida por el peligro, intenta huir. Más Águilachica, con la avidez del hambre, apura el aleteo, cambia de trayectoria y se precipita, en vuelo rasante, hacia la captura de su propia vida.

# **TRILOGÍA EN AIRE**

**-0-0-0-**

## Flaut

Lo mejor del día nace cuando Flaut (la diosa del aire), entra por la Escuela de Música de Oviedo y nos refleja sus quince años de frescura. “Llevo de los nervios todo el día”, me confiesa la ninfa del aula dando vueltas una y otra vez al reloj de pulsera. Pasado mañana los alumnos de este Centro actuamos en la Gala Navideña de UNICEF. En el Teatro Campoamor, Flaut tocará música de Mozart con la flauta; yo *Noche de paz* con el saxofón. El hecho de salir al escenario le produce angustia. La contemplación de esas butacas donde todo el mundo parece ser dueño de un juicio y una destreza infinita; el enfrentarse a la tensión que causa la ausencia momentánea de sonido, como si ésta fuera parte indisoluble del lenguaje musical ¡¡¡ay!!! La tranquilizo: “Te ganarás al público. Nadie como tú, Flaut, para producir alturas e intensidades”. Sonríen sus ojos a la par que los labios de la flautista, juegan con el agujero de la embocadura tensando en mí un arco de luz. Flaut transmite ese código de emoción. Habla, descubre, piensa y afina templando con la flauta intervalos del paraíso. No en vano, el primer soplo de melodía lo recibió en el vientre de su madre cuando ésta, para mitigar las inquietudes del parto, escuchaba *La flauta mágica*. “Así alternaba mi madre –suele contar Flaut-, el dolor con los acentos líricos”. Por un momento suspende nuestro ensayo y me pregunta: “Sax, ¿viene tu padre al concierto?...” De repente enmudecen los pensamientos del alumno soñador y el saxofonista despierta. Se le quiebra la cálida voz de la pipa al escucharse, en las notas de un improvisado jazz, los acordes de una honda tristeza.

## Sax

Cada vez que Sax acerca los labios a la boquilla de madera del saxofón, siento que la clase explora el universo. Fluye, escapa la queja ondulante de su instrumento y llega a los oídos de mis compañeros, como el néctar que se diluye en la boca. Sus ecos de melancolía hacen que recorra una calle sombreada por árboles revestidos de flores, donde el calor del mediodía retuerce, abate, exprime aromas hasta la última nota. Aunque nunca estuvo en mi ánimo el hacerle daño, reconozco que ha sido una torpeza. Sin embargo, cómo evitar el preguntarle “Sax, ¿viene tu padre al concierto?”. En la Escuela de Música todos conocemos el secreto. “Oviedo –dice mi abuela-, sigue siendo *Vetusta*”. Después de tres años, sólo la ingenuidad de Sax puede hacerle concebir la esperanza de que ignoramos el hecho de que su padre, sin ningún género de dudas, es el mendigo. El mendigo borracho que toca la trompeta cerca del Teatro Campoamor. Loco de sensualidad y poesía, el padre de Sax domina como nadie la técnica del jazz. Con la trompeta, es de una soltura y de un abandono realmente sosegadores. Sinuoso, frasea la música paseándote por París en el mes de mayo. Aún así, resulta sencillo comprender el sufrimiento de su hijo adolescente. Durante el ensayo, Sax no me ha dirigido la palabra. Y duele en lo más hondo que pretenda abandonar la clase sin despedirse de mí. Le llamo: “Sax, espérame, por favor”. Tenemos mucho en común Sax y yo. Con la mímica gestual de los sordomudos, al llegar a casa regalo a mi madre una entrada para que vea el concierto desde la fila cuatro. Sus ojos descubren una interrogación, mientras escucho el runruneo de palabras sordas que sólo la muda boca de mi madre puede ofrecerme.

## La entrada

(SIN LENGUA DE SIGNOS)

Me siento reversible. (FILA 4 - BUTACA 9). Sentada en el parque San Francisco, acaricio el billete. No sé si asistir esta tarde al Teatro Campoamor y *ver* la actuación de mi hija Flaut. Igual que una partitura en el aire miro, escucho desde el silencio números y letras. ¡Qué niña era cuando sorda y muda aprendí a escuchar observando! A escuchar, sí. He adquirido la técnica de oír a base de una profunda contemplación. La falta de voz y oído motivaron que los ojos se asomaran a mí. Decidieron lo estimulante que sería comunicarse con la mirada, antes que yo lo hiciera con ademanes y gestos de manos. Estoy convencida que con mis ojos descubro y me descubren. No tengo más que preguntarle a Flaut, en cuántos segundos ha descifrado la interrogación que nacía desde lo más profundo de mis órbitas, al ofrecerme la entrada... Sólo resta una hora para que dé comienzo la Gala musical. Abandono el parque y me dirijo despacio hacia la calle Alonso Quintanilla. A unos metros del Teatro un mendigo toca la trompeta. Son muchos los transeúntes que vienen al reclamo de la música y deciden quedarse en ella. A pesar de esta obvia limitación melódica, al instante percibo una forma conmovedora de interpretar. Clavo la mirada en la estridencia del trompetista apreciando, en el meticuloso temblor de las notas, como fluye la vida. ¿Llorará el instrumento metálico como la risa de un niño o silbará en concierto mariposas de luz? Conmovida, me acerco al indigente y en la caja de cartón donde yacen unas monedas dejo...caer...la... *fila cuatro, butaca nueve*. “Que Dios se lo pague”, traduzco de sus labios. De espalda al Teatro Campoamor, mis oídos tararean el sonido profundo de una flauta mágica.

**-0-0-0-**

**PAUSA**

*Trabajé EL AIRE,  
se lo entregué al viento:*

*voló, se deshizo,  
se volvió silencio.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

## Clapal A – 1

“La construcción de este planeador –piensa Primerpadre mientras recorta los esbozos del dibujo-, es problemática. Estas nervaduras en las alas, esta especie de tabiques unidos entre sí por una serie de travesaños, van a crearme dificultades”. Primerpadre distrae las manos sin perturbar la mente. Incluso puede decirse que este empeño en fabricarle a su hijo el planeador Clapal A-1 es un magnífico sedante para sus días de estrés. El divorcio, la pérdida del empleo, el fallo del juez dictaminando la custodia del hijo a favor de la madre del muchacho, han originado que Primerpadre se sienta inútil. Banal papelillo (doblado, desdoblado, vuelto a doblar) utilizado en la confección de una figurilla de papiroflexia destinada al arranque de una sonrisa. “El elemento esencial en la estructura de esta pieza –se dice a la par que corta dos largueros en madera de chopo-, es el ala. Al no disponer el aparato de mecanismo, serán éstas las que confieran a Clapal A-1 la facultad para desplazarse en horizontal”. Primerpadre, invadido por la emoción de una paloma que vuela por los ramajes de su esqueleto, sueña con el lanzamiento del planeador. “Mi hijo, cara al viento, orienta el morro hacia el suelo y al lanzarlo con la fuerza del entusiasmo, exclamará fascinado: ¡Papá, mira, mantiene el vuelo!”.RRRIIN. Primerpadre descuelga el teléfono. “Papá –la voz del hijo le da la medida de su exilio-, escucha papá, el novio de mamá me ha regalado un avión con motor. ¡Es fantástico, lo manejo por radio! (...) ¿Vernos este fin de semana? no, no puedo. (...) así es, con Papássegundo a pilotarlo. (...) Yo también te quiero”. Era madrugada, cuando el ángulo de un plegado papel del alma, en vuelo jugaba hacia lo remoto.

## Vuelo 507

El tiempo atmosférico (como la vida misma) está sujeto a toda clase de traiciones. A pesar de las turbulencias que llevamos soportado desde que despegamos, en este vuelo Barcelona-Milán no observo señales de inquietud. Sólo yo, turista solitaria recién licenciada en Historia del Arte, parezco sentir cómo la sangre, la fiebre y el miedo se convierten en pájaros metálicos anidando en mi cabeza. “Señores pasajeros, rogamos se abrochen los cinturones de seguridad. Las inclemencias del tiempo obligan al avión a estas sacudidas. Pero no se preocupen. Todo está bajo control”. Un tornado me recorre el cuerpo. Soy un estómago que sangra y un corazón que enrojece. Granamor, cuánto daría porque estuvieses aquí conmigo. En estos momentos sólo deseo hablarte, escuchar tu voz, admitir que no me importa perder la vida. Granamor, por qué este abandono si hemos sido inmortal mediodía de aire y luz. Oigo un grito: el avión ha descendido bruscamente varios metros y las ventanillas sólo muestran la oscuridad de la niebla blanca. A mi lado alguien reza. Marco tu número. El teléfono está desconectado. “Granamor –sollozo-, tengo pánico y lo único que deseo es abrazarte”. Rugen los motores. El aparato vibra, remonta como pidiendo socorro y los gritos de terror se atenúan. Aferrada al asiento delantero, espero el impacto de un golpe. Lentamente las alas de plata suben, se elevan, ganan altura y... “Señores pasajeros, abróchense los cinturones. En diez minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Milán”. Me llamas al móvil. Es imposible que albergue la menor duda: mi vida dependía de esta llamada. Tras el lirio del espanto lo que no recuerdo Granamor es, si debía contestarla.

## Migadepán

Migadepán, cruza cada mañana Parquehermoso con la bolsa repleta de alimento. Los pajarillos al verla rebullen, gorjean y el pavo real lanza con alegría el estridor de su graznido. En las copas de los árboles, colonizadas de palomas y gorriones, se alza la vida en vuelo ante la mano abierta, generosa y abundante de Migadepán. Jubilado, con pobreza de ánimo, observa la escena. Abre el ventanal y se acoda en el alféizar sorprendiéndose de pensar que quizás Dios si existe, late en el *allegro vivace* que anida en la estampa. La protectora de aves, se sienta en el banco que acompaña al cedro y a las palmeras que se asfixian de contaminación. Un Mirlo herido se posa en sus manos y a Jubilado, se le agrandan las pupilas. La brisa juega con las ramas mientras un Petirrojo, a los pies de Migadepán, a golpe de pico desayuna un insecto. Jubilado, clima verde que se deshoja con pulpa de vida, experimenta por sus miembros la espesura de un brote que retoña de improviso. Un violín apagado descuelga del cielo melodías de lluvia a la par que una mariposa, danza con vestido de colores. Los palomos hinchan el pecho en el suelo y las hembras retienen en el buche una brizna. Migadepán, solitaria, abandona Parquehermoso dejando tras de sí una balada de partidas veloces. Jubilado, desde la dicha del instante, inverniza. Siente el dolor y el insomnio de la noche junto a la soledad de la madrugada. Dobla y estira las rodillas y una vez más el pinchazo de aguja le encoge el cuerpo. Antes de acercarse a la realidad que lo reclama, Jubilado se disuelve en el aire con el cobijo de la felicidad detenida en unas migas de pan.

# FUEGO



*EL FUEGO,*  
*como el amor, lo purifica todo.*  
ALPHONSE KARR

## Petite, Petite Caresse

El álbum de mis recuerdos es la colección de un mismo retrato transitado de vida. CuatroXcuatro, igual que el calor de las llamas, sofocaba. Le conocí participando en una de las carreras de mi ciudad, cuando ésta organizaba pruebas locales para pilotos profesionales. Antes de conocerle en persona, ya me había enamorado. En el circuito, se merendaba a todos y a cada uno de los rivales con maestría de campeón. Me bautizó con el sobrenombre de Pequeñacaricia y confieso que, nada me producía más placer que el sonido de este nombre en sus labios. “En español no, en tu idioma”, le decía. “¡Oh, la, la! Petite, Petite Caresse”. Aquella fonética, pronunciada en letra cursiva, me crepitaba por dentro. Aún retengo esa especie de picor en la garganta a consecuencia del humo interior. Cada vez que contemplo esta instantánea tomada en Estoril...Era su primera participación en el Gran Premio de Portugal y estaba decidido a proclamarse piloto-revelación. CuatroXcuatro, pese a las carencias del bólido, dominaba la carrera. En la vuelta 49, contra todo pronóstico comete un error de cálculo: al frenar en el punto más rápido del circuito, se abre excesivamente y deja un hueco por el que hábilmente se escurre uno de sus más estrechos rivales. En ese instante, su vehículo pierde un alerón y, el piloto llamado a ser el mejor de la historia, se estrella contra un muro de seguridad y fallece calcinado en la pista. (¿...¿...¿...¿...) No hay nada que abrase más que la llama de las preguntas sin respuesta. A las pocas semanas (Oh, la, la) una petite, una petite caresse pilota por mi vientre, proclamándome al noveno mes la gran campeona, dentro del menudo mundo que él había dejado.

## Ramanegra

“La llama, apaga”, confesé a Madrerraiz la noche que mis hojas respiraron, sin compasión, aliento de fuego desbocado. Tres años después, compruebo con desolación la insistencia del felino rojo. “¡Peligro, peligro!” exclaman Coparredonda y Ramasaltas al vislumbrar una columna de humo en el hayedo. Las cortezas de nuestros árboles vecinos se agrietan y resquebrajan, en una especie de grito ante la bofetada de calor que se avecina. A Troncopadre, los espejuelos de su madera se le alborotan cual si fueran un centenar de ojos humanos a diez metros de un incendio. En cambio yo, Ramanegra, con quemaduras de primer, segundo y tercer grado, contengo esta ira de fogón sin más eco que el espanto. Aún recuerdo el *verdicidio*. Los enhiestos cadáveres, la rota canción del hayal; el calcinado llanto de las lombrices abrasadas junto a palpitantes entrañas de animales y bichillos. Hace tiempo que mandan los que iban a cambiar las cosas. Sin embargo, presiento que la sonrisa verde de mis hermanas, en cuestión de minutos estará condenada a un horizonte de arbusto baldío; al final de un perfil que no lleva a parte alguna. Con macabras volteretas, las llamas propagan su presencia en el valle expulsando con negrura la luz de nuestro hogar. “¡Auxilio, socorro! –implora un haya -, sólo tengo un siglo de escalada. Quiero vivir, vivir y ser hogar de fauna!”. Se adensa el peligro. Airequemado, anuncia con su estampida la tortura del bosque. Tiembla, tiritita de agonía la quemadura de mi corteza. Se siente sola como la tierra espesa de olvido. Y más, más sola que la brisa, cuando el trino ya no anide en la arboleda.

## Doradalfuego

Hoy incineran el cuerpo de mi abuelo Pepe, el *fallero*. Mañana ¿será capaz el sol de iluminar sus cenizas? Con el delirio de quien vive una broma de ingenio bufo espero, a que cumpla como efímero *ninot* su destino. En este trance, siento que mi amor por él echa raíces en el subsuelo de una niñez que busca, la desangrada carne del tiempo olvidado. (Son las cero horas de un 17 de marzo. Durante esta noche mi abuelo, junto a otros falleros y artistas monta cada fragmento de falla, para que al día siguiente disfruten los vecinos de la gracia y mordacidad de la *plantá*. Circula llevando sobre sus hombros figuras y remates. Entre las sombras de un aire misterioso, mi abuelo ultima la masa corpórea de Los pecados capitales, El *refranér valenciá*, Mitologías, Divinidades; bajo el sustento de un eje vertical y una base. Al despuntar el alba la *despertá*, con su amanecer de cohetería y estridencia, arrebatada el sueño. Con luz en los ojos, me acerco a la ventana y descubro la vibración encorsetada de unos gigantes que terriblemente hambrientos, espían y observan de reojo. En el paseo de la tarde, entre petardos y banderas “No llores Ninet, no temas”, el abrazo de mi abuelo Pepe impide que aquellos monstruos cuadrangulares, me devoren. Y ya en la noche, llegado el momento de la *cremá*, contemplo como aquellos simulacros de pesadilla infantil se consumen devorados por el fuego. A hombros del *fallero*, los figurones de cera y terror se recortan en voraz policromía de ambiente dorado.) Se ha ido el llanto y el misterio. Me entregan la urna y todo es fósforo en el vientre de la esperanza. La verdad es un viaje, una ceniza dorada al viento que se expande, coronada de centellas, por la cretona de algún valle.

# **TRILOGÍA EN FUEGO**

**-0-0-0-**

## Tea

El día que lo vi besándose con otra mujer en el coche, tuve la sensación de que me apuntaba directamente la sien con una de aquellas armas antiguas de su colección: el Arcabuz de Pedernal del siglo XVII. Presionó la cola del disparador (el tallo del gatillo era una esfinge con gruesa cola serpentiforme) y... ¡Pum! Desde entonces, la masa contenida en la cavidad de mi cráneo es un febril manantial de pólvora. Todo vaga en suspenso. La niebla, el dolor, la soledad, mi abismo. Abismo, me detengo ante ti y recuerdo. Conocí a Diábolo en Londres, en una subasta de antigüedades. Las razones que me impulsaron a pujar por aquel fusil marroquí del siglo XIX, montado con una anacrónica llave de snaphance, aún no las comprendo. Simple *amateur* (¿cuánto pagar?) me guiaba por el valor intrínseco del objeto. En cambio Diábolo (se paga tanto como se desee el hierro histórico), atesoraba los ejemplares en función del estilo, su vetusta rareza, la firma del armero y el estado de conservación. Con la habilidad del anticuario que posee arsenal bélico con piezas desde el Románico, se presentó ante mí. “La felicito-dijo-. Domina el ramo del coleccionismo igual que su tío, cuando aconseja comprar las porcelanas a especialistas en muebles y las armas, a marchantes de pintura”. Bastaron un par de semanas para que mis ojos rejuvenecidos ansiaran cada pliegue de sus labios. Ardía como una tea la noche que tuve a bien obsequiarle con el metal bruñido. Hoy, triturada por el engaño, tizno su colección de pistolas con dedos grises de vacío. Le estampo la ruina de mis huellas, de mis indelebles huellas, mientras contemplo con ardor el mecanismo de un crimen, del que no acierto a distinguir si futuro o ignoto.

## Diábolo

Tea actúa por instinto. Del modo más teatral, me apunta con un *Colt* milagrosamente conservado en su prístino estado: “La pólvora negra -precisa- no pierde sus propiedades con el transcurrir del tiempo”. Me divierte la amenaza. Provoca en mi ánimo un brillo de sentimiento. Tea, confieso que la soledad que desprendes quema como un infierno. ¿No comprendes criatura, que enojarse conmigo porque me deleitara con tu cuerpo a medida de apetitos, y me recreara jugando contigo al hurto, no tiene sentido? Me acerco a ti y es la suela de tu zapato la que pisa unas ruinas remendadas con cuerdas y alambres a punto de convertirse en montones de óxido. Para recuperar el valor de las piezas que has lanzado con tanta violencia al suelo, precisaré de las máximas dosis de paciencia y habilidad. No obstante, como pasatiempo, finjo con ojos húmedos una honda tristeza. Más no cuela. El espíritu de Tea se ha endurecido. Siente un peligro, un círculo de famélicas llamas, una música del mal sobre las armas. Nerviosa, no puede apartar de mí los ojos. El temblor de los dedos de su mano derecha “¿Por qué la mujer del coche lleva por tatuaje una quemadura?” le aparece y desaparece en hábil truco de prestidigitador. La acción es mecánica, imprecisa y no acierta a herir al rostro que tiene ante sí. “¿Quién eres?”, insiste. Consternada, se esfuerza en adaptar la vista a la repentina oscuridad de la estancia. “¿Quemadura?-repito indignado-”. La ira me inyecta sangre y crueldad. Clavo la mirada en Tea, quien antes de que el cañón le hunda la mejilla y todo huelva a pólvora, contempla en mis pupilas la abertura de una cueva, donde seres incendiados con sus mismos pómulos, rezan por ella un solemne Avemaría.

## Quemadura

Al principio, las caricias de Diábolo enrojecieron la piel de mi rostro igual que si me hubiera expuesto al sol sin la protección adecuada. Estos síntomas, lejos de inquietarme, reconfortaron mi ánimo. Cual fósforo encendido, anhelaba prender bajo el contacto de las manos de aquel hombre. Más a los pocos días, una sed invadió mi organismo a la par que una espantosa sensación de frío me quemaba por entero. Las primeras lesiones nacieron en la esquina interior de mis ojos y alrededor de la nariz. La zona afectada lucía un tatuaje maldito, un tejido que enferma abrasando la piel del cuello, la espalda, el pecho y las manos. Se asemeja a una fuente de radiación que recuerda las inflamables pupilas de Diábolo. (¡Claq!) “¿Diábolo?” Oigo sus pasos. La piel (lejía, sosa cáustica, aguarrás) se incendia. Miro a un lado y a otro en busca de auxilio. Me asfixio. En su presencia, el aire desprende un fuerte olor a resina. Fiel a mi nombre, brotan llagas rojizas por todo mi cuerpo. (Claq) “Diábolo, ácido no, ácido...AAAH”. -¡¡CORTEN!!-. El escenario cinematográfico se desprende de su espacio de ficción. Luces, decorados, Obra y equipo, inspiran una mezcla de humor y realismo fantástico. En este intermedio, Quemadura se relaja para que su rostro adquiriera fuerza dramática en la siguiente *toma*. Tea, imbricada en el engranaje, estudia la técnica del personaje en visionario desglose de guión. Y Diábolo, eje angular de la historia, *rodará* en primerísimo plano, como el que gira sobre un cordón en movimientos circulares. “Plano diez, Toma treinta y cinco. ¡Cámara, ACCIÓN!”. Llegados a este punto hasta la claqueta (¡Claq!) “¿Diábolo?” es consciente, que la prueba de fuego del filme siempre es El Rodaje.

**0-0-0**

**PAUSA**

*Atrás quedaron los escombros:  
humeantes pedazos de tu casa.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

## Abuelauschwitz

Los ancianos del asilo Villacaliza, preparan sus disfraces para el Baile de Carnaval. Igual que niños pintan, recortan cartulinas, pegan o cosen bordes de tela para confeccionar trajes de fieras, arlequines y piratas. Los más osados se las ingenian para verse convertidos en el mapa del tesoro, la isla tropical o un atardecer egipcio. Novecento, sin separarse del andador articulado, asegura que se transformará en un alienígena verde. Una careta con abrigo negro yace inmóvil en lo alto de una silla. Se oyen risotadas. “Esto es una comedia que todavía no ha llegado al colmo”, se dice Abuelauschwitz entretenida en colocarle a su media máscara veneciana, la prominencia de una nariz que recuerde el pico de un ave. El ambiente es festivo. La puerta se abre dando paso a nuevos disfraces. Una explosión de risas y alegría se despliega ante el desfile de una comitiva ataviada con militares insignias del III Reich. “Heil Hitler”, saludan con movimientos de brazos a la despótica clonación, cuyo bigotito se levanta con totalitarismo sobre una boca que no admite réplica. La caracterización “Crematorio para quien carezca de ojos azules y pelo rubio”, impresiona hondamente a Abuelauschwitz. Olvidando la broma inicial, palidece. Con ojos congestionados pide auxilio, a la par que corre desesperada hacia la izquierda de la sala. Desorientados, bromas y burlas cesan cuando la anciana se desploma en el suelo. Era ya de noche cuando Abuelauschwitz, encarnada en aquellos esqueletos humeantes promete, al desvelado yeso de luz ignota, recuperar esa tez del descendente reguero de la memoria.

## Dragón Sinfuego

Mis esfuerzos son tan inútiles como la ropa de invierno en un inesperado día de sol. ¿Es consciente de la situación en la que se encuentra? Son las cinco de la tarde y ya tengo preparada la merienda para mi madre, enferma de Alzheimer. Igual que los niños, es la comida que más disfruta. Llega del centro donde la atienden, una Residencia próxima a Majadahonda, ansiosa por saber qué cuento y qué dulce le espera sobre la mesa. Alguna tarde ha vuelto con el pañal mojado y se empeña en sentarse a comer y a escuchar el relato, antes de que la lleve al cuarto de baño. “Por favor enfermera –me dice resuelta-, léame Dragón Sinfuego”. La niebla insidiosa que deteriora su mente le impide recordar que este Dragón Sinfuego, lo escribió ella misma para mí, como sorpresa de cumpleaños. Inicio la lectura y al momento, el mundo de ayer se expresa con la libertad de las emociones que no tratamos de racionalizar. (“Mamá, ¿por qué reclina la cabeza el dragón, si su cola es larga como la clase de los lunes y sus alas de murciélago brillan lo mismo que las joyas de la abuela? Porque no inspira terror, hija. El buen dragón vomita fuego, contamina de humo el aire, sabe aturdir a la tierra con aullidos y su aspecto es horripilante. En cambio las fauces del joven Sinfuego ¡desdicha de animal!, soplan delicadamente recortes de viento... Mamá, sáltate ahora las páginas que narran el llanto del dragón y lee esa parte que cuenta cómo Sinfuego, descubre la ciudad Decera y se casa con la princesita Velaporencender. A ver diez...veinte”). A ritmo de paseo, finaliza la historia. Desea mi corazón una respuesta de elocuencia en los ojos de mi madre, pero su mirada se mece adormecida, una vez más, por el vaivén de las emociones invisibles.

## En la hoguera

Volcanflorido se halla en un lugar vedado a viajeros y guías. De suelo y paisaje irregular, los informes topográficos aseguran que se asemeja al cráter de una caldera. En esta noche sanjuanera, su cielo es una cáscara de naranja. Bailan sus habitantes alrededor de unas llamas que se alzan, a los cuatro vientos, recogándose con gracia los mantos inflamados de rojo y rubio maíz. El bullicio de músicos y cantores no turba la paz de los lugareños. El nudo de sus silencios se abre, desata un jolgorio de risas y alboroto en la rueda mágica de La Noche de San Juan. El aspaviento de las antorchas parlotea, mientras el fuego se aviva con la quema del sillón *permanentemente vacío* y la madera de una mesa *siempre por poner*. Pasean las parejas de enamorados flotando entre dedales de amapolas y los niños, al compás de la música, intercambian cromos de héroes, monedas vegetales y sueños. En pie, a una distancia de diez varas, el poeta Fueeradecontexto observa. Dominado por la belleza parpadeante del resplandor, se adentra en el movimiento febril de las sombras y su claroscuro desfigurado. Así, como Dífilo, Fueeradecontexto descubre que un felino simplemente es un palillo, la iglesia una roca cretácea y una multitud, el hombre deforme volcado patas arriba con los pies truncados. Asombrado por la perspectiva que a sus ojos se ofrece, el poeta se pregunta si aquellos burlones movimientos podrían fijarse, como las inalterables actitudes de una escultura, en una cuartilla con palabras. “La forma y la idea, lo que es y lo que se siente...”. Comía el alcalde, bebían los mozos, sonreían las muchachas; a punto la hoguera de consumirse, prendieron en ella unos folios con *diecinueve o veinte líneas*.

## ÍNDICE

|                             |           |
|-----------------------------|-----------|
| Prólogo .....               | 3         |
| <b><u>TIERRA</u></b>        |           |
| Cantodegrillo.....          | 6         |
| La enfermera Todavía.....   | 7         |
| Niunapalabra .....          | 8         |
| <i>TRILOGÍA EN TIERRA</i>   |           |
| <b>1. Madrecocina.....</b>  | <b>10</b> |
| <b>2. Carametralla.....</b> | <b>11</b> |
| <b>3. Bábaro.....</b>       | <b>12</b> |
| Pausa.....                  | 13-14     |
| Cuasi.....                  | 15        |
| LA Trenza.....              | 16        |
| Cojitoverde.....            | 17        |
| <b><u>MAR</u></b>           |           |
| Pececita.....               | 20        |
| HipopótamoDO.....           | 21        |
| Unodetantos.....            | 22        |
| <i>TRILOGÍA EN MAR</i>      |           |
| <b>1. El padre.....</b>     | <b>24</b> |
| <b>2. La madre.....</b>     | <b>25</b> |
| <b>3. Nadador.....</b>      | <b>26</b> |
| Pausa.....                  | 27-28     |
| Cuatromástiles.....         | 29        |
| Fauna Abisal.....           | 30        |
| La red sin pescador.....    | 31        |
| <b><u>AIRE</u></b>          |           |
| Peatón del aire.....        | 34        |
| Abelo...muá.....            | 35        |
| Águilachica.....            | 36        |
| <i>TRILOGÍA EN AIRE</i>     |           |
| <b>1. Flaut.....</b>        | <b>38</b> |
| <b>2. Sax.....</b>          | <b>39</b> |
| <b>3. La entrada.....</b>   | <b>40</b> |
| Pausa.....                  | 41-42     |
| Clapal A-1.....             | 43        |
| Vuelo 507.....              | 44        |
| Migadepán.....              | 45        |
| <b><u>FUEGO</u></b>         |           |
| Petite, Petite Caresse..... | 48        |
| Ramanegra.....              | 49        |
| Doradalfuego.....           | 50        |
| <i>TRILOGÍA EN FUEGO</i>    |           |
| <b>1. Tea.....</b>          | <b>52</b> |
| <b>2. Diábolo.....</b>      | <b>53</b> |
| <b>3. Quemadura.....</b>    | <b>54</b> |
| Pausa.....                  | 55-56     |
| Abuelauschwitz.....         | 57        |
| Dragón sin fuego.....       | 58        |
| En la hoguera.....          | 59        |

Esta obra ha recibido una subvención  
de La Consejería de Cultura y Turismo  
del Principado de Asturias

---

